

***Domingo V, tiempo ordinario -ciclo C-***

Caminamos ya hacia la meta de la Cuaresma; nos esperan los días que llamamos

de *Semana Santa* y con ellos el memorial a *anamnesis* de los dramáticos acontecimientos que llevaron al hombre Jesús de Nazaret al cadalso del Gólgota. Hay que vivir la tragedia con toda su carga de *desgracia* divina y humana para poder comprender la experiencia en la que el primer grupo de seguidores y discípulos, hombres y mujeres, se vieron envueltos para compartir con ellos y

ellas la estremecedora escena de la muerte del Maestro, y la inexplicable y

gozosa experiencia de la Resurrección. Muerte y Gloria forman parte de nuestra existencia cristiana; somos testigos en el mundo de algo que el mundo no acierta

a comprender, ni acepta…, pero tampoco es capaz de anular: la vida del justo que se entrega a la muerte para alcanzarnos la Vida. Jesucristo es el Camino para la eternidad, el Primogénito entre los muertos. Morimos con él para ser con Él resucitados/as.

***Isaías 43. 16-21:*** Somos herederos y herederas de un legado de salvación y fuerza liberadora tan grande que puede impedirnos ver la novedad que se está obrando hoy, en nuestra historia. Como miembros de una comunidad creyente que ha vito cosas grandes realizadas su favor, como las vieron el pueblo sacado de la esclavitud de Egisto, no puede incapacitarnos para ver lo que el Dios que hizo maravillas, cosas imposibles, sigue llevando a cabo hoy ante nuestros ojos. Estamos muy expuestos/as a encerrarnos en aquellas acciones pasadas, negándonos a participar en estas presentes. Porque el hoy supone el ineludible compromiso con nuestro momento histórico y, por lo tanto, la conciencia de seguir siendo el pueblo peregrino que necesita continuar avanzando y liberándose para ser hoy *el pueblo escogido* del Dios liberador; y para seguir siendo sus testigos en medio del “desierto” afectivo-religioso que es el mundo en el que nos ha tocado vivir. No es pequeña tarea esta de cooperar en la acción salvadora de Dios, pues el mundo no nos dejará alcanzar fácilmente la libertad del espíritu, ni vivirla en plenitud. En la mente de los poderes del mundo, la libertad que da el encuentro con el Dios vivo y verdadero es como *abrir caminos en el mar o sendas en las aguas impetuosas…* ¡algo imposible! Pero sucedió y está sucediendo hoy.

***Salmo 125, 1-6:*** El canto de alabanza y de acción de gracias que forma parte de la experiencia gozosa del pueblo liberado, es un grito testimonial que no dejará de escucharse en la historia por los siglos, hasta la eternidad. Porque sí: ¡“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”! Lo proclamamos a voz en grito con una alegría que nadie, ni las persecuciones ni la muerte nos podrá quitar.

***Filipenses 3, 8-14:*** Pablo, y los miembros de las comunidades cristianas que se adhirieron a Jesús, a su muerte y resurrección, a través de la predicación del apóstol, se hacen portadoras de un mensaje que encierra, ante todo, una gran experiencia de vida y libertad: para quienes hemos conocido a Jesucristo *todo es pérdida, basura*… Pero ese conocimiento encierra un apego a él y a su persona y a su proyecto de vida lleno de abnegación y renuncia.

Para unas comunidades cristianas seguir a Jesucristo hoy es asumir *la muerte* de la marginación social y económica a lo largo de siglos, la persecución e incluso el martirio cruel. Ha sido así a lo largo de los siglos en las comunidades de Oriente Medio (en Egipto, Turquía, Irak, Irán, Siria…) y hoy lo sigue siendo de una manera salvaje y aterradora. ¿Cómo responden los miembros de estas comunidades a la persecución? Haciendo realidad aquello para lo que se saben llamadas: siendo testigos alegres de Jesucristo, de su muerte y resurrección. ¿Qué tenemos nosotros de ese testimonio en nuestras acomodadas y tibias comunidades occidentales? Ojalá nos quedase todavía algo del deseo de quien busca olvidarse de todo lo pasado, de todo lo vivido de manera mediocre, para ser verdaderamente de Cristo, para merecer su gloria aceptando pasar por su misma muerte, dando testimonio del reinado de Dios.Que no nos quedemos en la *vanagloria*, que vayamos incansables hacia la meta: Dios mismo ganado en Jesús, Señor nuestro: Señor de todos y de todo.

 **Juan 8, 1-11:** Las escenas del evangelio de este domingo V de Cuaresma nos van preparando para vivir los momentos centrales del drama de Jesucristo. Una vez más se nos enfoca la figura de Jesús desde su faceta *orante* y *misionera*, ambas en perfecta conjugación: retiro e inmersión en medio del pueblo. En el primer momento Jesús se toma tiempo para *conversar* con su Padre, en el segundo lo *da a* *conocer*, con hechos y con palabras.

Los adversarios de siempre ponen a Jesús ante un aparente dilema: ejercicio de la ley que castiga la inmoralidad o ejercicio de la misericordia que libera y perdona siempre. Le presentan a Jesús una mujer sorprendida en adulterio (al hombre no…) y ponen de relieve las razones legales y religiosas que avalan su condena a muerte. *¿Tú que dices?*, le preguntan. Y Jesús no dice nada. Los ignora. Se entretiene garabateando con el dedo en el suelo… Recuerda esta escena la del dedo que escribe en la pared durante el banquete de Baltasar, rey de Babilonia: *“Contado, pesado, dividido”...* ¿Qué escribiría Jesús con su dedo en el suelo? Solo sabemos que cuando se levanta y toma la palabra, los acusadores son incapaces de mantenerse en su presencia, tampoco pueden llevar a cabo el asesinato de la mujer. Les dice: *“el que esté sin pecado que tire la primera piedra”.* Al menos son sinceros: todos tienen pecado y todos son merecedores de condena. Se van.

Jesús salva a la mujer, le devuelve la vida, y, de alguna manera, también salva a sus acusadores haciéndolos conscientes de su realidad de pecadores. Jesús salva a todos. Este es *“el rostro de la misericordia”* que Dios ha querido enviar al mundo. El Dios que ama la vida, no la muerte; el perdón, no la condena. El diálogo que Jesús entabla con la mujer es dignificante. En primer lugar, porque él, un hombre judío, asume la presencia de la mujer como la de un ser que merece ser escuchado, atendido y salvado: *“Tampoco yo te condeno”,* las palabras de perdón van acompañadas de otras de confianza en su capacidad para cambiar, para convertirse: *“Anda y en adelante no peques más”.* No se trata de que no hubiera culpa ni pecado, se trata de que el Dios encarnado no ha visto a juzgar y condenar sino a salvar y liberar. La Iglesia hoy, nosotras/os nos encontramos ante muchas situaciones semejantes, ¿cómo es nuestro actuar? ¿Somos misericordiosos como el *Padre,* como Jesucristo? Pues, de eso se trata…

***Trinidad León, mc***